

La Fiesta de los Vivos

Alejandro Martín Navarro



Visión

POR LOS PERPETUOS cauces del verano
van abriéndose paso breves aves fugaces,
y un dios abre sus ojos
como un enorme búho alzando el vuelo.

En la cima del cielo no anochece,
allí donde los arcos de la luz son portales,
y las criaturas beben el agua de la vida.

Nadie jamás ha visto
cómo brillan los astros desde dentro,
cómo tiemblan los pétalos de frío
al paso de una lluvia repentina.

Todo yace en sí mismo. Todo dura.
Todo crece hacia adentro y se derrama
en un caudal de aguas milagrosas.

El tiempo son las alas de un pájaro infinito
que, al batirse, derriban los muros del instante.
Y el instante es el polvo que se eleva en el aire
brillando en su trasluz, indestructible.

El milagro

ES UN RECUERDO muy antiguo.
Era de noche. Estaba en el jardín
jugando solo. Entonces, mi padre me llamó
a un oscuro rincón, y retiró una piedra.
Tras ella aparecieron
decenas de criaturas luminosas.
“Mira: luciérnagas”. Durante largo rato
las contemplé en silencio como el hombre
al que, un segundo antes del final de la historia,
le fuera revelado el sentido del mundo.

No he vuelto a ver luciérnagas.

Ahora estoy muy lejos y canto aquel milagro:

*Que las luciérnagas, como las rosas,
parpadean apenas un segundo
para encender la oscuridad del mundo
en un vuelo fugaz de mariposas.*

Retorno

Hoy, 14 DE MARZO, el sol es un jinete
que enciende con su antorcha las aldeas.
Por eso brillan
los techos de uralita y tejas rotas
sobre las casas donde nadie habita.
Yo, en mitad de La Mancha, contemplo este paisaje
mientras al otro lado de la Tierra
los argonautas de Trobriand
atraviesan el mar en barcazas llenas de collares
y un avión sobrevuela Nueva York, encendida
con el fulgor dorado de una liturgia griega.
Toda la luz del mundo es esta tarde.
Es un puente que pende de la última esfera de Aristóteles
—la que completa el círculo del Mundo—

y yo camino sobre su arco inmóvil
hasta pisar la tierra más allá de esta tierra,
allí donde los altos árboles del inicio.
Allí donde las tardes
son un puro vaivén de ceniza y de gloria
que se cuele en los largos pasillos,
y la penumbra, en la hora caliente del estío,
rompe hilos de luz en el esparto.

Origen

UNA CASA pequeña sobre un árbol
robándole a los pájaros su nido.
Nuestro reino duró sólo unos años
en el inmenso mar de los olivos.

Las piedras eran santas, los geranios...
Todo es santo en las manos de dos niños
que corren sobre el polvo del verano
y atraviesan el tiempo en un suspiro

hasta llegar aquí, sin saber cuándo
salieron sin llegar a su destino,
pero siguen cogidos de la mano
y trepan por el árbol del olvido.

En tus ojos está la luz, hermano,
que ya jamás encontraré en los míos.
Son sagrados los ecos de tus cantos,
y tu risa es la fiesta de los vivos.

Las encinas

Y A TIRITAN los lirios sobre el valle,
veinte mil cuatrocientos treinta y ocho lirios
como bocas cantando en la mañana.
Cae la lluvia, brevísima,
sobre las solitarias encinas de Aracena,
y alguien cruza corriendo
la misma senda que anduviste un día.
¿Son esos mismos árboles, su recio
estar allí, en silencio, como sombras?
¿Les dijiste “vosotros” y te hablaron?
Tienes los ojos grandes como el mundo,
como una multitud de ciervos en la aurora.
Tu risa es esta lluvia sobre el valle.

Me enredé entre las ramas de tu cuerpo.
Creí oler las encinas al besarte.